

PARTE SEGUNDA.

LA

VERDADERA SATISFACCION

Ó SEA

LA NECESIDAD DE LA PENITENCIA,

por un sacerdote de la congregacion de la mision.

CAPITULO I.

Deberes del pecador para hacer penitencia.

1. **Palabras de Zacarías.**—**Convertíos á mi dice el Señor, y yo me convertiré á vos.**—Estas son las palabras que mandó Dios á Zacarías que dijera al pueblo de Israel, para asegurarle que lo perdonaría, si él le reconociese. Estas mismas expresiones, lector carísimo, te dirige ahora el Señor, asegurándote: "que si te conviertes á él por la penitencia, él se convertirá á ti por la gracia." Estas palabras voy á repetirtelas, porque encierran todos los deberes del pecador para que haga la debida penitencia. "Convertíos á mi de todo corazón; convertíos con ayunos, con austeridades, con vigiliias, con gemidos de corazón contrito, con las lágrimas de una verdadera penitencia, y convertíos de modo, que otros corazones se rompan de dolor y de aflixion." Qué felicidad será la tuya lector carísimo! considera bien lo que te dice el Señor; porque si tu te convier-

tes, él tambien se convertirá á ti; como si dijera: "él cubrirá con un velo todas las miserias pasadas, te enriquecerá con los tesoros de la gracia, y te dará un derecho en la patria celestial." Oh quién se convirtiera bien! quién se diera del todo al Señor! este será el venturoso que habrá hecho la debida penitencia, y será el feliz que como Pablo se habrá convertido bien. Era este apóstol un israelita zelosísimo defensor de la ley de Moises; y era enemigo de los cristianos. Era un jóven de corazon noble, de alma grande y generoso, de un espíritu pronto, eficaz y abundante en recursos; y este jóven en la flor de sus años es el que sale en contra del cristianismo. Facultado por los príncipes de los sacerdotes hace una guerra cruel á todos los defensores del nombre de Cristo; y aunque su alma nobilísima no es capaz de háberselas con los apóstoles á quienes venera por un no sé que de virtud que ve en ellos; ni mucho menos quiere hacer nada contra la augusta madre de Dios, á quien su corazon ama, como el todo mas perfecto; sin embargo, arde en rabia y ódio contra todos los cristianos. Movidó por este, parte hácia Damasco para destruir allí hasta el nombre de Cristo. Mas he ahí que por el camino, cuando estaba mas rabioso se le presenta Jesucristo y le dice: Saulo, Saulo por qué me persigues? y cambiado del todo responde: "Señor qué quieres que haga?" Feliz Saulo: porque convertido á Dios, Dios se le convierte tambien: y el que era perseguidor de Jesucristo quedó convertido en su grande apóstol.

2. **Deber de examinarse.**—Claro está que no basta decir, sino que es preciso hacer; y por tanto no basta decir me convierto á Dios, sino que es necesario verificar de hecho la conversion: y á la manera que no se va á un lugar con solas palabras, han de juntarse las obras: y la primera obra es cumplir con el deber de examinarse. Nadie duda que la conversion de la Magdalena es á todas luces una de las perfectas, y por tanto uno de los mas bellos modelos que los pecadores podemos imitar. Pues

cuál fué su primer paso? examinarse; y por decirlo con la expresion de San Agustin, "lo primero que hizo fué citarse ella misma al tribunal de su entendimiento." En efecto, desde el instante que conoció á Jesucristo, que oyó las palabras de vida eterna que salian de sus lábios, que gustó lo dulcísimo de sus admirables conversaciones, y que pudo medir un poco su incomparable santidad; desde aquel instante comenzó á examinarse. Mas oh efectos del exámen de concienzial porque con él se conoció, y conociéndose se convirtió. Examinándose vió que habia en ella un corazon perdido por el amor de las criaturas, una memoria que se alimentaba de los falsos placeres, un espíritu enemigo de la cruz de Jesucristo, una carne regalada como si ella fuere la señora de su alma, y una falsa seguridad, de que no obstante sus estravíos, ella habia de salvarse. Examinándose, vió á su corazon nobilísimo arrojado por las cadenas del amor impuro, vió unos afectos que siendo ardientísimos no se dirijan al sumo Bien, vió una conciencia sin ejercicios de piedad, y aun sin aquellos que prescribia la ley de Moises, y vió que en vez de servir al Señor, habia servido su miserable cuerpo, y lo habia servido para ofenderle. Examinándose, vió que habia abusado de los dones de la naturaleza, que su hermosura la habia convertido en objeto de pecado, que era el contágio de las jóvenes de Israel y que era el lazo de muchos israelitas. Vió que su fé estaba muerta, por no tener la vida de las obras buenas; y por tanto, que no podia agradar á Dios: vió que su esperanza no era divina, que solo esperaba cosas de la tierra y pertenecientes á su cuerpo, y que nada ó casi nada habia esperado de los bienes del cielo: vió, en una palabra, que no tenia caridad, que á fuer de amarse á si misma no amaba á Dios ni al prójimo; vió que toda su religion era una hipocrecia, vió el grandor de sus pecados, su número, sus especies, y aun vió hasta las menores circunstancias. Magdalena, conociéndose de esta manera, mudó inmediatamente

te, y desde aquel instante, protegida por la mirada del Salvador, comenzó á ser otra cosa; ó lo que es lo mismo, fué ya de hecho una verdadera penitente. Oh Salvador! con qué ojos mirarias á todos los pecadores si procuraran conocerse como la Magdalena! Oh! con cuánto agrado escucharías sus suplicas! Examinate lector carísimo, y confiesa ante Dios como la Magdalena, confiesa, digo, que has perdido el honor, que vives extraviado del camino de salvacion, que has malgastado una parte de tus años, y que ahora tu pobre alma está hecha una críva de las heridas de los pecados. "Ah si así te convirtieras á Dios! yo te aseguro que el Señor tambien se convertiría á ti." Qué te detiene? hay cosa mas justa que el que te conozcas? examinate pues, y hazlo con el fervor y la exactitud de la Magdalena.

B. Deber de confesarse.—Tan pronto como hace uno el exámen de la conciencia, comienza á sentir la necesidad de darse á Dios por medio de una buena confesion; tan fea cosa es el pecado, y tan horrible el conservarlo en el corazón. Así lo hizo la Magdalena; porque tan pronto como hubo conocido sus pecados, no encuentra sosiego hasta hallarse á los pies del Salvador, para decírselos todos. Contéplala pues, lector carísimo, postrada con grande humildad, sumamente avergonzada, en gran manera confiando en la divina misericordia; y diciendo uno por uno sus pecados. Oh qué bellos son los actos de la Magdalena! Como sale de su casa resuelta á confesarse; como lleva de lágrimas se introduce en la sala del convite; como, á pesar de los concurrentes ella se hincá á las plantas de su médico divino; cómo, su alma se va penetrando por momentos del mas intenso dolor, y cómo hace la mas exacta confesion. Miróla el Señor; y viéndola tan soberanamente mudada, le dice las palabras mas consoladoras que han oido los siglos. "Levántate, porque todos tus pecados están perdonados." Oh feliz Magdalena! porque después de tus pecados, has recibido el perdón de todos ellos; feliz, porque los confesaste bien:

y mas feliz todavía, porque el mismo Señor te dijo: "que todos tus pecados te eran perdonados." ¿Serán estas las palabras que oyen muchos de los penitentes de nuestros dias? Salen de los pies del confesor tan consolados como la Magdalena? Tal vez podríamos asegurar que esto acontece á muy pocos; no por parte del Salvador, sino por falta de disposición de los penitentes. Porque ¿cuál es la conducta de muchos? Ah! dicen que se convierten; y después de un exámen precipitado, se confiesan á medias, buscan términos que escusen sus faltas, y sin haber considerado la gravedad del pecado, ya se creen convertidos; y aun mudados como la Magdalena. No los imites tu lector carísimo, toma un tiempo proporcionado al número de tus pecados, á tu vida mas ó menos libre, y comienza con humillarte delante de Dios. Piensa que Dios es el ofendido; que hiciste tus pecados ante él; que los tiene todos contados como tu los dedos de la mano; y que si bien es verdad que ha sufrido, tambien lo es que puede castigarte con una eternidad de tormentos. Imita á la Magdalena que de corazón se convirtió al Señor, y por esto recibió el mas completo perdón. El santo fervor que siempre la distinguió, hizo que su penitencia fuése prontísima; y que confundiera de antemano las dilaciones y pretextos que oponen muchos, para no hacer verdadera penitencia; y condena á tantas mugeres que nunca acaban de darse á Dios, que parece que quieren pasar los dias en servir á Dios y al mundo, á Dios y á los placeres, á Dios y á su cuerpo. Oh! y cuántas mugeres incurren en esta falta! Ellas no dejan las concurrencias de los teatros, aunque saben por experiencia que les son perniciosas; ni las conversaciones en que herido ya el pudor, corre riesgo su misma castidad; ni las largas horas de su tocador, que por licente que sea, siempre es abuso reprehensible; ni el exeso de las galas, compradas á costa de la familia, de los pobres y aun tal vez del honor; ni lo indecente de los vestidos, que jamás moda cristiana podrá

justificar. Y estas mismas imitarán en su confesion á Magdalena penitente? dónde está el cambio? Ah! ellas se hacen sordas ¿por qué no cambiarán como aquella? Ojalá que la imitasen desde ahora! ojalá que se vistieran, no como gente perdida, sino con el lujo propio de su estado, pero decentemente y sin que con sus exigencias arruinen una parte de su fortuna. En una palabra, cxaminense bien, confiésense mejor, y oirán estas palabras de perdon: "tus pecados te están perdonados, y porque has amado mucho, mucho se te ha perdonado;" á la penitencia del exámen, añadan la penitencia de la confesion y así obrarán como la Magdalena.

4. **Deber de arrepentirse.**—Tal es la condicion de la verdadera penitencia: estar arrepentido. De lo dicho concluirás que no basta confesarte, sino que debes confesarte con tanto dolor, que seas un verdadero arrepentido. De ahí has de concluir, cuan triste es el estado de aquellos que raras veces se confiesan, y es facilísimo que se hayan confesado mal, porque así como en los negocios temporales, el que raras vez los hace, rara vez los hace bien; así el que poco se confiesa tiene el peligro de que se haya confesado mal. Y qué será de aquellos que siendo hombres hechos y derechos no saben aún lo que es confesion? y qué diremos de los que no cuentan con mas confesiones que la que hicieron cuando se casaron? y qué de aquellos que casándose civilmente aun esta confesion omitieron? Otros se confiesan todos los años, pero con tanta vergüenza de que se sepa, que mas quisieran ser tachados de poco modestos que de piadosos y buenos cristianos. Oh Salvador! y en qué tiempos hemos llegado? No lo hizo la Magdalena de este modo; por esto al paso que ella es verdadera penitente, hay muy pocos que la imiten. "Ella se confiesa; y aparecen en su confesion las señales de la verdadera penitencia, y de una manera especial sus lágrimas, lágrimas famosas que son la prueba de verdadera penitencia, lágrimas vertidas á los piés del Salvador, lágrimas preconizadas

en el Santo Evangelio, lágrimas honradas con las alabanzas de los Santos Padres y lágrimas que nacen de un corazon inconsolable por haber ofendido á Dios." Oh feliz Magdalena! oh llanto feliz el tuyo! porque fué bastante poderoso para obtener el perdon. Y tu lector carísimo, ¿cuántas veces has llorado de pesar de haber ofendido á Dios? cuántos paños has mojado con las lágrimas de tu dolor? y si no lo has hecho ¿qué esperas? cómo aguardas el perdon de tus pecados? No digo que las lágrimas sean absolutamente necesarias para que uno sea perdonado; pero si afirmo, que los grandes penitentes nos vienen rubricados con esta señal; no digo que sin llanto no se conceda el perdon, pero sí atestiguo que el dolor vehemente casi siempre se manifiesta con las lágrimas. Y tu lector carísimo, ¿cuántas has derramado en arrepentimiento de tus pecados? Oh que miseria! oh qué infelicidad la tuya! Tu has llorado muchas veces por un disgusto que te han dado, por una pérdida que has tenido, por una falta que te han hecho, por un plan que te ha sido desbaratado, y aun por una palabra que te han dicho: y por Dios ¿cuántas lágrimas has derramado? Oh qué miseria! oh qué infelicidad la tuya! Atiende que no lloras faltándote Dios; habiendo ofendido á Dios, y viéndote privado de la posesion de Dios. Ah! no lloras? no lloras al menos con el gemido del corazon! mala señal, señal malísima es esta; es lo peor en la práctica, es el exeso de la maldad, es el colmo de los crímenes; ah! penitencia, penitencia si quieres tu salvacion. Figúrate si no, cómo se concibe verdadera penitencia y vivir al mismo tiempo entregado al desenfreno brutal de las pasiones? Ah! llora tus desórdenes, repara los escándalos, enmienda todos los yerros, quita toda enemistad, remedia todos los daños, y sigue de manera que seas una copia fiel de la penitencia de la Magdalena. Ah! llora tus faltas, y no seas vergonzoso hasta el exeso, ni dejes llevarte del respeto humano, ni del maldito que dirán, ni te retraigas de la frecuencia de los sacramentos, ni

dejes de asistir á las funciones de iglesia, ni abandones la concurrencia á los hospitales, ni la modestia en el hablar, ni el huir de los peligros: Ah pusilánimes! imitad á la Magdalena; romped con valer todos los obstáculos, haced pública profesion de verdaderos cristianos; y de ningun modo volvais atras, ni por el silvo de un mundano, ni por la sátira de un libertino, ni por la burla de un irreligioso. Oh venturoso aquel que imitando la Magdalena se examina bien, se confiesa bien, y bien se arrepiente. Oh! penitencia, penitencia si quieres tu salvacion.

5. **Deber de satisfacer á Dios por los pecados.**—Todos hemos de satisfacer á Dios; pero de un modo especial debemos hacerlo los grandes pecadores. Figúrate, lector carisimo, á un hombre libertino, cuya lengua emponzoñada ha vomitado mil blasfemias contra Dios y los santos, y vomitado mil insultos contra el crédito ageno, contra la santidad de la religion, contra la vida edificante de los sacerdotes y contra las prácticas de piedad: figúrate á uno de tantos viciosos, que parece que solo viven para atropellar con descaro las leyes santas de Dios, las órdenes de los gobiernos, las obligaciones del propio estado, y aun aquellos deberes que ellos mismos se imponen en fuerza de los contratos, y que viven sin reparar los grandes males que han hecho, y continúan maldiciendo, injuriando y haciendo horribles perjuros ¿cómo semejante persona no tendrá que dar á Dios una satisfaccion toda especial? El verdadero y exacto modo de hacerla debidamente, es abrazarse con la penitencia, y hacer servir las obras buenas en satisfaccion de los pecados. Observemos como lo hizo la Magdalena. Esta verdadera penitenta, persuadida que no basta confesarse, sino que á la confesion ha de seguir el cambio de vida, no se contentó con abrazar en espíritu de penitencia la vergüenza y la confesion, sino que trabajó en satisfacer por medio de buenas y santas obras. “Oh! perezca oh Dios mio! exclamaba: cuánto hice por el mundo, por el demonio y por la carne perezca:

cuánto hice por este engañoso que fué causa de mis infidelidades! perezcan mis riquezas! riquezas que han servido para el lujo y ridiculos adornos, y sean empleadas para el sustento del pobre y del huérfano, y contribuya todo á honra y gloria de Dios. El mundo! ah! perezca el mundo y sea testigo de mi conversion, asi como lo ha sido de mis escándalos: perezca mi carne! carne de pecado, y sirva mi cuerpo de materia á la penitencia.” Qué haces lector carisimo? Por qué no haces penitencia? por qué no satisfaces por tus pecados? qué contradiccion entre tu conducta y el porte de la Magdalena! Nótaló bien, lector carisimo, y la verás llena de lágrimas, y tu sin despedir ni un gemido; ella arrojándose á los pies del Salvador, mas tu huyendo de sus ministros; ella satisfaciendo con penitencia rigurosísima durante toda su vida, y tu haciéndosete insoportable aun las comunes penitencias. Y despues de semejante conducta ¿con qué frente te atreverás á presentarte ante Dios? Sin embargo, aun hay tiempo; y si quieres, puedes aprovecharte de esta ocasion tan propicia. Ah! vuélvete pues, alma desconocida, y no seas ya mas ingrata á tu buen Dios: vuelve á este Señor con la penitencia, y no apartará de ti sus ojos de misericordia; conviértete á él, y estenderá sus brazos en señal de perdon: ven lleno de lágrimas como Maria Magdalena, y Dios se te mostrará todo lleno de clemencia: con un examen conveniente á tus pecados, y Dios te asistirá con su gracia poderosa: ven con la confesion exacta de todos tus crímenes, y Dios te concederá la verdadera compuncion; ven con el arrepentimiento, y hallarás en Dios el perdon mas absoluto; en una palabra, ven satisfaciendo y Dios te cubrirá con el manto de su misericordia. Oh mi Salvador! y cómo buscáis la oveja perdida? cómo benéfico la cargais sobre vuestros hombros? y cómo cargada la conducis al redil? Ea, lector carisimo, como Magdalena penitente examinate bien; postrate á las plantas del confesor; arrepientete cual conviene de todos tus delitos, llora amargamente todos

tus deslices, y con suspiros del alma testifica tu verdadera satisfaccion. Acuerdate cien y cien veces que todos tus deberes están encerrados en esta palabra. Penitencia, penitencia, si quieres tu salvacion.

CAPITULO II.

Facilidad de satisfacer ó de hacer penitencia.

Después de ser tan gran pecador.

6. **Palabras de Jesucristo.**—Son muy significantes y consoladoras las palabras de Nuestro Salvador, cuando se trata de los pecadores; porque ellas dicen lo que nadie pudiera afirmar: y ellas nos autorizan á decir: “que la misericordia de Dios es infinita, que no quiere la muerte del pecador, sino que viva y se convierta, y que siempre y cuando el pecador hiciere penitencia de su pecado, el Señor se lo perdonará,” mientras que con sus crímenes no se haya hecho ya reo de reprobacion. Para atestiguar otra vez esta verdad, tantas veces enseñada en los libros santos, voy á decirte las palabras de Jesucristo, el cual para enseñarnos la obligacion de hacer verdadera penitencia, nos dijo así: “No he venido por los sanos porque estos no necesitan médico; he venido tan solo para curar á las ovejas enfermas, que habrian perecido de la casa de Israel; y en otra ocasion mas solemne añadió: yo no vengo á llamar á los justos, sino á los pecadores:” divinas palabras, que nos descubren que el Santo Evangelio está abiertamente declarado en favor de los pecadores; porque nada es mas frecuente que ver en él á la misericordia de Dios, ejerciendo tan misteriosas ocupaciones. Apenas la muger que habia sido hallada en adulterio, confiesa al autor de la pureza su vergonzoso crimen, y con su santa confesion la promete arrepentida que no volverá á pecar, cuando inmediatamente le dice el Salvador: “Yo tampoco te cendeno, todos

tus pecados te son perdonados.” Tan pronto como la muger que padecía el flujo de sangre, le confiesa sus pecados, y con aquel acto de fé, esperanza y amor se arrepiente de corazon, cuando en el mismo instante queda curada en su alma y en su cuerpo. En el mismo momento en que la Magdalena reconoce su vida deshonesta y con este reconocimiento la abandona de corazon, cuando en el mismo punto se despegan los labios del Salvador para decirle: “Levántate muger, todos tus pecados te son perdonados; y porque amaste mucho, por esto todo te ha sido perdonado.” No bien el Apóstol San Pedro, advertido de su negacion la reconoce y la detesta, cuando en la misma noche le envia una de sus miradas de misericordia, que le anuncian el mas completo perdón. En el punto en que el hijo pródigo, dejando su vida libertina y escandalosa, vuelve á la casa de su Padre, cuando luego éste lo abraza, lo perdona, lo recibe otra vez á su dulce compañía, y nuevamente adornado de la túnica de la gracia, le da el beso de la santa paz. Uno de los ladrones se enfurece contra el pacientísimo Jesus; mas he ahí el otro que no bien habia confesado su inocencia y reprendido su nuevo crimen, cuando Dimas, que así se llamaba, recibe la absolucion de todo pecado, y le es prometido además, que en aquel mismo dia entrará en el paraíso. Pablo, que es uno de los mas furiosos defensores de la ley mosaica, y que ódia no solo á Cristo, sino aun el nombre de cristiano; con todo, apenas postrado en tierra le dice: “Señor ¿qué quieres que haga?” cuando en aquel instante mismo recibe la mas estensa absolucion, es escogido por apóstol suyo, y recibe el privilegio de ser su vaso de eleccion, y de conducir su Santísimo nombre por todo el mundo. ¿Qué mas podria decirse en favor de los pecadores? Reflexionalo lector carísimo ¿qué mas podria decirte para obligarte dulcemente á darte á Dios de corazon por medio del verdadero arrepentimiento? Atiende bien estas palabras de vida eterna, que aseguran que causa mas gozo y alegría en el cielo la conver-

sion de un solo pecador, que la perseverancia de noventa y nueve justos: y por decirlo de un modo mas espreso si fuera dable; has de saber que Jesucristo ha descendido del cielo á la tierra con este fin único de llamar á los pecadores, porque el mismo atestigua que no ha venido á llamar á los justos. Cómo no animarse! Ah! es Dios mismo el que te convida á penitencia: penitencia pues, penitencia si quieres tu salvacion.

7. **Odio del Salvador á los falsos penitentes.**— Todo es admirable en la vida del Salvador, y su doctrina es sublime, y su moral la mas pura, y su conducta la mas irrepreensible, sus relaciones para con los pecadores, vienen como á formar su obra maestra, su obra mas admirable y magnífica; porque á ellos buscaba, los miraba con misericordia, les hablaba palabras de vida eterna, iba á sus propias casas y con ellos conversaba y aun comia: qué mas podia hacer en favor de los pecadores? Mas yo debo advertir con toda verdad, y atender cuidadosamente, que así como el Salvador está declarado para favorecer á los verdaderos penitentes, así tambien confiesa en la práctica, que tiene una especie de odio contra los falsos. Por esto los trató de un modo tan severo como terrible; por esto trató con severidad fuertissima á los profanadores del templo; por esto echó por tierra á las mesas de los cambistas; por esto los declaró tan culpables que quiso afirmar de ellos, que la casa de oracion la habian convertido en cueva de ladrones; por esto, se indignaba contra los hipócritas, que siendo lobos rapaces, querian ser tenidos por inocentes ovejas; por esto, irritábase hasta castigar fuertemente á todos los murmuradores de sus divinos hechos; por esto, se enardece vigoroso contra los soberbios; por esto, se inflama con valentia contra los falsos devotos; y por esto, sella con nota de eterna reprobacion á cuantos no se convirtan de veras. Ay de vosotros les dice: y ay temible que sin remedio nos llegara, si no procuramos hacer el bien. Ay de ti lector carisimo si vivieras de

Si no hicierais penitencia, todos perecerais, igualmente, como otros que no la hicieron.

asiento en pecado! y así será de hecho si no haces la verdadera penitencia. Ahora, pues, ¿qué tiene que ver una gloria eterna con la penitencia que puedes hacer? Hazla ahora; porque mientras vives puedes hallar al Señor, ya que se verifica la sentencia del divino Maestro: "yo no vengo á llamar á los justos, sino á buscar á los pecadores."

8. **Como Nuestro Salvador ama á los verdaderos penitentes.**— A la manera que castiga terriblemente á los falsos penitentes, así perdona con toda fidelidad á los verdaderos. Dichoso el que se arrepiente bien, porque alcanzará el perdón. Yo puedo asegurarte, lector carisimo, que si te conviertes, Dios te dará una acogida toda paternal, serás enriquecido con los dones de su misericordia, y recibirás luego el mas completo perdón. Vélo si no en la Magdalena: esta famosa penitenta echó á un lado todos miramientos de la carne y sangre, y rompiendo con todos los obstáculos, parte hácia el Salvador. Considera todo su porte, lector carisimo, mirala postrada en aquellas divinas plantas; como las riega con un raudal de fervientes lágrimas; como las enjuga con sus cabellos antes tan mundanos y como testifica su arrepentimiento ante todos los convidados. Mas oh bondad la de Jesús! Magdalena es conocida por una muger mala; los ojos de los convidados se fijan sobre ella, y uno de los principales desapruaba su conducta y la murmura; mas el Salvador divino la recibe inmediatamente á su gracia y amistad y se constituye su abogada diciendo á Simon: "Ves esta muger," esta muger cuya conducta murmuras en tu interior? ya no es la que era, y entiende que es mejor que tu, y que me ha hecho mejores servicios que los que tu me dispensaste. "Ves esta muger?" ya me ama mas que lo que tu me amas; porque si tu me has convidado para que entrase en tu casa, ella me ha dispensado franca entrada en su corazon. "Ves esta muger" que condenas en tus adentros? me ha hecho lo que tu por soberbia me negaste; porque yo entré en tu casa y no me diste agua para la

de impunidad de sus pecados, con la penitencia que en tan pocos días

varme, y ella la está derramando de preciosas lágrimas sobre mis piés; tu no me diste un lienzo con que enjugarme, y ella misma me los enjuga con las sedas queridísimas de sus cabellos; convidado á tu mesa no me has saludado con la costumbre del ósculo da paz; y ella desde que está aquí no ha cesado ni un momento de besarme á lo divino; tu no me has unguido como si no fuera persona de distincion, y ella me ha obsequiado con los balsamos de mayor precio. Ves esta muger cuyos desórdenes condenas? entiende que ya no es lo que era, que ya no está en pecado, que ya está admitida en mi amistad, y que dará pruebas excelentes de todo, ora siguiéndome en mis pasos, ora escuchando todos mis sermones, ora predicando mi doctrina, ora acompañándome hasta el calvario. Ves esta muger? ya no es pecadora por sus vicios, ya es una santa por su penitencia, ya sus lágrimas han lavado todos sus desórdenes, ya su dolor la ha purificado hasta de sus pequeños deslices, ya su arrepentimiento ha llegado á tal grado, que del todo justificada voy á decirla: "Véte en paz; todos tus pecados te son perdonados; y porque has amado mucho, así mucho se te ha perdonado." Así se intereza Jesucristo por los verdaderos penitentes: así los ama de corazon y así los defiende de los tiros de la malignidad; y nadie admire esta conducta, porque es una consecuencia de su divina palabra cuando dijo: "yo no he venido á llamar á los justos, sino en busca de los pecadores."

9. **Exhortacion á la penitencia.**—Dime lector carísimo, ¿cuáles son tus pensamientos despues de lo que acabas de oír? qué determinaciones tomas en presencia de ejemplar tan perfecto de penitencia? aun no aborreces el pecado? aun no temes la muerte de tu pobrecita alma? aun no procurarás salir de la esclavitud del demonio? aun querrás vivir abrumado con el peso de tanto crimen? en una palabra, aun vivirás expuesto á los rigores de un juicio sin misericordia? Ah! qué locura, qué insensatez seria la tuya! Cómo! y es posible que te espon-

gas á tanto daño? es posible que camines tan lijero y espuesto á perder la patria celestial? Oh pobrecitos pecadores! ellos ignoran que las lágrimas del arrepentimiento, vertidas á las plantas de Jesus, son mas dulces que las diversiones mas apetecibles. Conócete tu al menos, y sabe que es Jesucristo el que dice: "que no ha venido á llamar á los justos, sino á los pecadores;" y por tanto, ha venido espresamente á buscarte á ti. Ah! que bien te convertirias si supieses que solo la gracia hace verdaderamente feliz, y no el vivir en pecado, ni los placeres, ni los gustos, ni las diversiones, ni las riquezas, ni otra cosa alguna de este mundo falaz y engañador. Oh cómo preferirias el estado de la gracia á todo otro estado? cómo estimarias mas las puras delicias de una conciencia inmaculada, que los placeres todos del pecado! cómo buscarás ante todo el estar bien con Dios, si conocieras lo nobilísimo de este estado! cómo procurarías amar mas y mas á Jesus, si llegases á conocer la menor de las obras que te ha hecho! Para convencertelo, yo te exhorto que lo preguntes á la venturosísima, y antes tan infeliz Magdalena. Desgraciada! ella era una jóven mundana, era amiga de cortejos, era vana en los adornos, escandalosa en las costumbres y estaba toda ademas entregada á las locuras de este mundo falaz y engañador. Oh feliz Magdalena! tu dejaste de ser lo que fuiste; ya la bellissima gracia es tu principal adorno, ya Jesucristo es tu verdadero esposo, ya lo amas con los afectos todos de tu corazon, ya te sientes correspondida de un modo admirable, ya esperimintas dulces caricias del que es todo amor, ya tu corazon tierno y amante solo suspira Jesus y por Jesus. Y quién ha hecho este cambio? Oh santa, oh admirable penitencia! tu lo hiciste, porque estando en el corazon de la Magdalena, curaste en un momento todas sus heridas. Oh si tu tambien, lector carísimo, procuraras la penitencia! Oh muger viuda! ya no serias la escandalosa á pesar de tus canas, ya no tendrías la desenvoltura de una jóven atrevida, y mucho me-

nos la inmodestia de la corrupción; todo lo malo se habria acabado para ti; y serias fiel en guardar las resoluciones, y convertirias con el tiempo tus ojos en dos fuentes de lágrimas; tus manos en otros tantos verdugos; y tus piés te conducirian exactos á la verdadera penitencia. Oh muger casada ya no serias la que has sido! ni fueras inobediente á los mandatos de Dios, ni fiel á tu esposo, ni olvidada del gobierno de la familia, ni mucho asistirías á espectáculos que roban el pudor y aun la moralidad. Oh venturosa si te abrazaras con los ardores de la santa penitencia! porque la gracia ocuparia tu corazón, y la humildad tu conducta interior y exterior, y la obediencia en todos tus quehaceres, y la diligencia en ejecutarlos bien, y una suma edificación en todos los hechos. Oh muger doncella, qué hermosa serias con los adornos de la penitencia! Te conservarías doncella, serias una vírgen pura, y podrias esperar que te sería dado no solo el seguir el Cordero immaculado por do quiera que vaya, sino cantarle ademas el cántico nuevo: pero recuerda bien, que el hermoso lirio de la virginidad solo se conserva entre las espinas de la penitencia. Yo debo advertirte, lector carísimo, que la penitencia no solo reformará á la muger, sino que especialmente lo hace en favor del hombre: y que abrazándote con la penitencia, poco á poco endulzarás tu genio áspero y desabrido, no te dejarás poseer de una criminal indolencia, ni obrarás segun los tristes efectos de un culpable abandono, ni malgastarás la dote de tu muger; sino que mudado por la gracia, serás un hombre un buen cristiano, y un vasallo fiel, y un marido cuidadoso y tierno, y un buen padre de familia, y un excelente ciudadano. Oh hermosos! oh bellísimos efectos de la santa penitencia! Amado de mi alma ¡qué te detiene? por qué no te con-

viertes? por qué no te abrazas con el arrepentimiento? Atiende que la gracia es hoy tan poderosa como en los dias de Santa Maria Magdalena, y que la única dificultad estriba en dejarla obrar. Por qué pues no lo haces? por qué no detestas el pecado? por que no obras de una vez como nuestra famosa penitente? Ah! no dudes del amor de Jesus, pues te llama á ti, como llamó á ella: conviértete á mi, te dice, que soy tu Criador, y pudiéndote criar insensible como una piedra é irracional como los brutos, te he criado racional y capaz de gozar eternamente las delicias de la gloria: conviértete á mi, que soy tu Redentor, y por sacarte de la esclavitud del demonio y del pecado descendí del cielo á la tierra, me hice tu semejante haciéndome hombre, y entre los tormentos de la pasión, morí encavado en una cruz. Conviértete á mi que soy tu Padre y el mejor y el mas amable de los Padres, soy el esposo de tu alma que desea hacerte sumamente feliz; soy tu hermano, y el que me glorío de ser el fidelísimo hermano tuyo; y tu único y solo amigo, tu único Maestro, y el solo sumo bien. Por tanto, conviértete todo á mi como la Magdalena; y conviértete por medio de un exámen exacto, de un dolor sobre todo dolor, de un fervoroso propósito de nunca mas volver á pecar, de una confesion tan exacta como dolorosa, y tan sensible como humilde y de una satisfacción cual la reclama la verdadera penitencia. Y qué Dios mio! habrá corazón tan duro que no se ablande? quién no mudará de vida al escuchar las voces de Jesus? Oh si llegasen al cielo los gemidos de tu dolor y arrepentimiento! Ah! ríndase tu obstinacion.... arroja te á los piés de Jesus.... lávalos con lágrimas de contrición verdadera.... enjúgalos con las telas de tu corazón.... aborrece toda culpa, y poniendo por tes-

tigos a los cielos y á la tierra, di una y muchas veces; me pesa de haber ofendido á Dios: feliz tu si con esta práctica lograras hacer un solo acto de contricion.

CAPITULO III.

De la satisfaccion.

10. **Necesidad de la satisfaccion.**—Es la satisfaccion, lector carísimo, de tal naturaleza que es del todo necesaria para que haya verdadera conversion: por esto es una de las tres cosas indispensables de que nos habla el Santo Concilio de Trento; y á la manera que no hay verdadera confesion sin decir los pecados al padre confesor y arrepentirse de ellos, así tampoco la habrá, cuando faltare la satisfaccion por medio de las obras. Oh dichoso aquel que satisface, porque él se apartará de todo pecado, y cerrará la puerta á las sugestiones del demonio, ya que es verdad ciertísima que no hay iniquidad borrada, si no hay verdadera satisfaccion. Tales eran ciertamente los sentimientos de Teodosio el grande, cuando se sujetó á una muy austera penitencia. Fué el caso, que indignado este gran príncipe por una fuerte sedicion que estalló en la ciudad de Tesalónica, ordenó que pasasen á cuchillo á sus habitantes; y en menos de tres dias murieron al filo de la espada al pié de siete mil personas de todo sexo, edad y condicion. Condolido San Ambrosio por semejante hecho, escribió al Emperador pintándole la gravedad del pecado y exhortándole á dar satisfaccion por medio de una verdadera penitencia. Teodosio privado de la entrada de la iglesia por el grande Am-

broso, se dió á la satisfaccion de modo, que pasó ocho meses enteros sin entrar en la iglesia, vivió en el interin como verdadero penitente, se abstuvo de participar de los Santos Sacramentos, arrojó á tierra sus insignias y adornos materiales, lloró públicamente el pecado que habia cometido, confesó en la iglesia su culpa delante de todos, asistió á las oraciones públicas en la postura mas humilde, y se arrancaba los cabellos, y se daba golpes en el pecho y en la frente, y pedia perdon á Dios con lágrimas, sollozos y suspiros, y cumplida ya la penitencia, no hubo dia que no continuara la satisfaccion, por medio de nuevos actos de dolor y de arrepentimiento.

11. **Motivos de satisfacer.**—No es la satisfaccion una cosa inventada de nuestros dias, sino que su antigüedad es tal, que se remonta hasta la cuna del cristianismo, y aun diré mejor afirmando; que reconoce su origen en el principio del mundo. Peca nuestro primer padre Adan, reconoce su pecado, lo confiesa verdaderamente y queda justificado; es decir, se le perdonó la pena eterna, mas no toda la pena temporal. Adan no muere segun la ley de Dios, mucho menos bajó á los infiernos: como si dijéramos; "que fué condenado á comer el pan con el sudor de su rostro; á todas las enfermedades y á todos los dolores, y fué condenado á morir hasta que vuelva á la tierra de la cual salió." Nuestra madre Eva fué la mas culpable, y no obstante Dios le perdonó la pena eterna; mas no quiso perdonarle la pena temporal; sino que la obligó á la penitencia, para que sin cesar estuviera satisfaciendo por su pecado; y por esto le dijo el Señor: "multiplicaré tus miserias, concebirás con dolor, parirás á tus hijos con grandes trabajos, y permanecerás sujeta á tu varón." Peca Moises haciendo una gran falta por haber dudado de la palabra de Dios en cierta ocasion, por cuya causa hirió la piedra con mas golpes de los que habia dispuesto el Señor; si éste le perdona su pecado, tambien es cierto que en satisfaccion de él, lo condena á no entrar en la tierra de

promision. Peca David al mandar que se hiciera la numeracion de su pueblo, y Dios castigó su pecado, enviando en su reino al Angel exterminador, para que en solos tres dias matara á setenta mil israelitas. Tal es lector carisimo, la satisfaccion: es una cosa esencial al hombre pecador; es tan antigua como el mundo; es lo que practicaron Adan y Eva, y todos los patriarcas y profetas, todos los santos reyes y demas justos del antiguo testamento. Luego hemos de satisfacer: y si por pecados que nos parecen insignificantes, Dios exijió una satisfaccion tan grande como lo vemos en Adan que estuvo satisfaciendo nuevecientos treinta años, en Moises que por satisfacer convenientemente, fué privado de entrar á la tierra de promision, y en David que un acto de vanagloria le costó setenta mil vasallos, y haber puesto en peligro la vida de sus personas mas queridas, y aun su propia vida: ¿qué satisfaccion pedirá por nuestros pecados? piénsalo bien lector carisimo, para que te determines á hacer verdadera penitencia. Cristo Señor Nuestro nos anunció el evangelio; mas quiso ser precedido del Profeta de la penitencia, quiso que anunciara la penitencia como lo mas necesario para la salvacion, y que él mismo afirmara con juramento, que serian presos de la muerte eterna todos los que murieren sin haber satisfecho con la penitencia. Los Apóstoles confirmaron la misma doctrina predicando la penitencia, y aun imponiendo ellos mismos la mas rigurosa penitencia. Por este principio, vemos á San Pedro castigar con la muerte temporal, á dos esposos que habian dicho una mentira, como queriendo engañar al Espiritu Santo que es la fuente de la verdad: por este principio, el Apóstol San Pablo en tregio á Satanas al cuerpo de aquel cristiano de Corinto, para que satisfaciendo en este mundo, se librara de la muerte eterna; por este principio, el amado discipulo exhortaba en su Apocalipsis á aquel que habia caido, le exhortaba, digo, á la verdadera y exacta satisfaccion por medio de la penitencia, y por este motivo todos

los Santos Padres nos han exhortado á la satisfaccion constante de nuestras culpas. Oh Santa! oh importante satisfaccion! Oh! quién emprendiera una vida tan penitente que diere una satisfaccion cumplida? Por otra parte, ó se satisface en este mundo, ó se satisface en el otro: ó se hace acá por medio de obras satisfactorias, ó se hará allá padeciendo lo mas terrible de las eternas llamas de aquel fuego devorador. Y quién de nosotros podrá habitar entre los ardores de aquellas inmensas llamas? Podrás tú que apenas puedes sufrir por Dios la menor contradiccion? podrás tú que te espantas de una pequeña penitencia? Reflexiona bien esto, "ó hago la satisfaccion acá, ó tendre que hacerla allá: ó la hago en este mundo que siempre será muy suave, ó la haré en el otro mundo que será tan intensa que no puedo describir; ó la hago acá por el poco tiempo de la vida, ó la hago allá en el Purgatorio y quizas por muchos centenares de años." atiende á los casos siguientes, para que aprendas prácticamente el modo de satisfacer.

12. Práctica de la satisfaccion. — Es San Juan Climaco el que nos refiere como satisfaccion algunos penitentes de su tiempo en el monasterio de Alejandria. He visto, dice, una region de lágrimas y de llanto, y ví verdaderamente lo que el ojo que descuida su salvacion no verá jamas, lo que el oido del perezoso en el cumplimiento de sus deberes no oyó jamas, y lo que el corazon del flojo jamas comprenderá; y ví acciones tales, y tales palabras oí que hacen violencia á Dios, y atraen al punto su misericordia. Ví que algunos de estos dichosos delincuentes, pasaban las noches enteras en pié sin mirar al cielo y sin moverse ni siquiera del sitio, y violentando su naturaleza para no dormirse: ví á otros, teniendo sus ojos fijos al cielo, é implorando á gritos el auxilio divino: unos mientras oraban tenian las manos atadas por las espaldas como reos; otros, vestidos de un saco, con la cabeza cubierta de ceniza, y que estaban tendidos en tierra á la in-

clemencia del aire y que herian al suelo con sus frentes; algunos se daban continuos golpes, otros derramaban arroyos de lágrimas: y todos habitaban una casa en la que estaban destituidos de todo consuelo humano, y en la que era todo oscuridad y horror; y los ojos registraban cuanto hay de espantoso y deforme; y lo era tanto que no podia mirarse sin verter copiosas lágrimas. En ella no habia cocina, ni fuego, ni carne, ni vino, ni aceite, ni comestible alguno; y tan solo para no morir de hambre habia un poco de pan y algunas yerbas. Sus palabras eran, pedir á Dios perdon, piedad y misericordia con estas y semejantes exclamaciones. Oh caan miserables somos! oh cuánta es nuestra desventural cuán formidable la justicia con que merecemos ser castigados! Unos sentian tanto ardor en sus pechos, y era tal la sequedad de su boca, que sacaban la lengua á manera de perros; otros se exponian á los mayores ardores del sol, y á los rigores mas exesivos del frio, y no bebian mas agua que la precisa para no morir de sed. Tenian sus rodillas endurecidas por la continuacion de orar, sus ojos tristes, hundidos hasta el cerebro y sin pestañas; sus mejillas arrugadas y abrazadas del ardor y abundancia de las lágrimas; sus rostros pálidos y desfigurados como de muerte, y sus pechos eran tan macerados que en vez de saliva arrojaban sangre. Frecuentemente se ponian argollas á su cuello, y esposas á sus manos, y grillos á sus piés, y aun pedian que despues de muertos los sepultasen con estas prisiones. Pues estos hombres tan sumamente penitentes; que se tenian por indignos de usar los alimentos de las béstias; que no se veia en ellos ni una risada ni palabra inútil: que no se encolerizaban ni reñian jamas: que no habia uno que fuese presumido ó vano, ni que procurara las conveniencias de su cuerpo, ó que amase los regalos ó delicias, ó que comiese frutas ó la carne: y con todo, ellos se preguntaban, ¿si era bastante la satisfaccion que hacian? Compara su vida, con la vida tuya; é infiere lo que debes hacer.

CAPITULO VI.

Cuanto hemos de satisfacer por nuestros pecados.

13. **Hemos de hacer verdadera penitencia.**—La satisfaccion puede considerarse, como un castigo que los estraños, nosotros mismos, ó el mismo Dios nos impone; ora por medio del hambre ó de la sed, del calor ó del frio, de la salud ó de la enfermedad, ó de alguno de los cien y cien medios que tiene Dios Nuestro Señor. Conocida la naturaleza de la satisfaccion, puede hacerse esta pregunta: ¿cuánto hemos de satisfacer por nuestros pecados? ¿cuánta penitencia hemos de hacer en satisfaccion de nuestros delitos? y responderemos, que ante todo es preciso hacer penitencia verdadera. Ah! cuántos cristianos se verán engañados por haber hecho penitencia falsa como Esaü, Saul y Antioco? Vendió Esaü á Jacob por un plato de lentejas los derechos de la primogenitura; y despues que satisfizo el furor de su intemperancia, permaneció indiferente, por lo que acabó de perder. Llegada la hora de la muerte de su padre Isac, éste bendijo á Jacob en vez de Esaü, y solo entonces conoció con toda extension la gravedad de su delito. Entonces quiso remediar su falta, mas fué desechado de su anciano padre, y no pudo reducirlo á que revocase la bendicion que habia dado, aunque se lo suplicó con lágrimas. Ah! tiembla, tiembla lector carisimo, porque lo mismo te sucederá á ti en la hora de la muerte, si desde este momento no procuras hacer verdadera penitencia; y como las lágrimas de Esaü no le aprovecharon, así las tuyas serán superfluas. Toda la penitencia de Esaü; aunque se derretia en llanto de nada le sirvió, porque su penitencia no fué sincera: ¿y la tuya lector carisimo, lo es? ah! cuántos cristianos únicamente se arrepienten por pura conveniencia! Saul es otro de los réprobos que se condenaron, porque no satisficieron á la justicia de Dios;